

Somos dos

Ya no sufro pesadillas. Porque una no *tiene* pesadillas: las *sufre*. Yo ya no, y lo digo con una buena carga de felicidad.

Cuando una ha pasado la mayor parte de la vida soñando que una no es quien es, que puede ser otra o que puede ser dos al mismo tiempo y las dos monstruosamente incapaces de seguir viviendo sea como fuere, llega el final de la tortura, si es que llega, pero una no termina de acostumbrarse y no puede dejar de salmodiar ya está ya está ya está ya pasó ya pasó y una debería empezar a ser feliz pero le cuesta dejar atrás lo que fue y lo que creyó que era para conseguir ser alguien para una misma y para los que la miran.

Creo, estoy segura pero digo *creo* para tranquilizarme, que el analista, él dice que la palabra analista es la correcta, no psicólogo como decía yo, tuvo mucho que ver. No todo y en eso él mismo insistía: usted tiene que hacer todo el trabajo, solía decirme. ¿Y usted para qué diablos está ahí entonces?, preguntaba yo. Yo

soy su límite, me contestaba, y a veces también decía yo soy su cable a tierra. Quiero ir con mi mamá, gimoteaba yo cuando el llanto me subía por la garganta. Bueno, decía él, enseguida vamos a arreglar eso, pero le recuerdo que usted es una persona grande que puede enfrentar y arreglar sus propios problemas. Usted porque no conoce a mi mamá, decía yo. Eso es cierto, decía él, a ver hábleme de su mamá. De cuál, decía yo. Él no contestaba a eso y entonces yo decía

—Todas las madres son iguales.

Y el tipo seguía mudo y yo sabía que ya no iba a hablar más, que me tocaba a mí y rebuscaba por si acaso encontraba algo que decir que lo sacara de su mutismo y me llevara a mí a horas y días de tranquilidad sin pesadillas sin indecisiones qué estoy haciendo aquí quién soy finalmente por qué no me muero no no no no quiero morirme o tal vez sí y ningún eco ningún sonido nada me ayudaba.

Yo me ayudaba; no lo sabía pero me ayudaba.

—Mi mamá mucho apunte no me llevaba, es decir al principio sí pero después cuando quedó embarazada de los mellizos claro que ella no sabía que eran mellizos pero sí sabía y con eso le bastaba sabía que estaba embarazada pero al principio me daba mamadera y me cambiaba los pañales y me acunaba y me canturreaba y me puso las vacunas y me llevaba a la salita del dispensario no es que yo me acuerde porque los bebés no se acuerdan de cuando eran bebés ¿o sí y después vienen ustedes y dicen que son recuerdos fal-

sos? y se anunciaron los mellizos y ellos le importaban más que yo y yo lloraba entonces ella le decía a mi papá dale algo para que se entretenga aunque sea un pedazo de pan ya va ya va ya le voy a dar otra mamadera pero que deje de llorar por favor y se acariciaba la panza que le crecía hacía algo dale algo y él hacía algo desgraciadamente hacía algo pero de eso no quiero hablar y después nacieron los mellizos y todo se puso peor.

Cuando llegaba ahí me quedaba callada y me prometía a mí misma que no iba a volver a hablar y que iba a pasar los cincuenta minutos muda muda muda qué se cree va a tener que hablar él. Claro que nunca me quedaba muda y al ratito nomás empezaba a hablar otra vez. Me ayudaba yo a mí misma sí pero el tipo también me ayudó. Además yo nunca supe cómo había sido realmente la historia porque las dos cada una por su lado me la contaron tratando de quedar bien conmigo no sé muy bien por qué aunque tengo a mano tantas posibles razones que mucho no me inquieta la cuestión. Sé que me llamaban la blanquita y que así me quedó, la blanquita, la blanqui, Blanqui nomás de sobrenombre Blanqui de acá Blanqui de allá pero no era mi nombre y hasta mucho después no supe cuál era al fin mi nombre que era Norma Aparecida Tagussi pero en cambio siempre supe que yo era blanca blanca y no morena como mi mamá y mi papá y como fueron mis hermanos, los mellizos. Ellos eran morenos y tenían ojos negros y cuando se reían les brillaban los dientes blancos y a mí no me brillaban

porque yo nada de eso mis dientes no se destacaban entre el blanco de mi piel. Las vecinas, cuando teníamos vecinas que no era siempre, se reían, se pegaban codazos y se reían. Porque tomó mucha leche cuando estaba embarazada decía mi papá y yo me lo creía y mi mamá ni caso que hacía de eso pero cuando nacieron los mellizos, dos varones, dos varones para ellos que tenían solamente una nena, yo, y blanca muy blanca cuando nacieron los mellizos morenitos como mi papá y mi mamá dejaron de ocuparse de mí salvo una vez que estuve enferma y mi mamá se acordó de mí y me cuidaba y me dijo pobrecita pensar que vos me trajiste a tus hermanos y yo no te lo agradezco bien.

No entendí nada porque a los mellizos no los había traído yo y habían nacido de la panza de mi mamá porque a ella se los había puesto adentro mi papá, ¿se entiende? pero en fin yo nunca entendía nada de lo que me pasaba o de lo que pasaba en esa casa. Tampoco era una casa. Ibamos y veníamos, de acá para allá y vivíamos en donde podíamos que nunca eran casas del todo construidas como casas sino lo que se podía encontrar que eran casillas de madera y chapa y también plástico para que no entrara la lluvia por el techo y a veces se armaban unos líos espantosos porque venía gente que decía que éramos intrusos y teníamos que irnos de allí a menos que convenciéramos a alguien de que nos dejara por un tiempo un tiempo corto porque mi papá decía que era peligroso quedarse mucho tiempo en un lugar y cargaba el carro

y nos íbamos más allá mi mamá mi papá los mellizos la panza de mi mamá que estaba otra vez embarazada los perros y el Sansón que tiraba del carro. Siempre buscábamos bueno bah buscaba mi papá, un lugar que no tuviera muchas casas o casillas o lo que se pudiera alrededor y a mi mamá le parecía bien y decía mejor así nadie viene a meterse en lo que no le importa. Y en general nadie se nos acercaba mucho pero siempre había que cuidarse. Si ven gente sospechosa o se aparecen los canas en moto o en patrulleros, ustedes, nosotros, los chicos, al fondo y bien escondidos y si les preguntan algo ustedes no saben nada y se hacen los que no saben hablar. No era difícil, no para mí que casi no sabía hablar: no había aprendido, ¿con quién iba a aprender? pero pensaba porque a pensar sí había aprendido aunque no sé cómo, pensaba que no había peligro que nadie nos iba a hacer nada. ¿Qué? ¿Nos iban a robar? Hágame el favor, si no teníamos nada. Ni plata ni aparatos ni cubiertos ni abrigo ni nada de nada. Peligro no había.

Pero me equivoqué y sí, peligro había pero no del que mi papá o mi mamá se imaginaban. No vino la cana en patrulleros ni tipos sospechosos. Cuando quisimos darnos cuenta ya estaba el auto un auto gris grandote estacionado junto a la casilla y se bajaban una mujer y tres hombres y decían buenas tardes ¿ustedes viven acá? Yo no dije nada porque qué iba a decir y mi mamá se adelantó y dijo no, no, estamos de visita. ¿Y quién es el dueño acá? preguntaron. Un señor

dijo mi mamá. Donde está preguntaron y ella les dijo que había ido con mi papá a hacer unas compras. La mujer sacó unos cuadernos y unos papeles y empezó a preguntar cosas cómo se llama usted por ejemplo, que ella les dijo, les dijo Elodia Tagussi. Cuando llegó a mí me preguntó y mi mamá les dijo y qué edad tiene dijeron. Cinco años dijo mi mamá. ¿Quééee?! dijeron la mujer y los tres hombres, ¿quééee? Y dijeron no puede ser. Y mi mamá dijo me va a decir a mí. ¿Cuándo nació? dijo uno de los hombres. Mi mamá se puso mal y se refregaba las manos no me acuerdo dijo. Fíjese en la libreta, dijo la mujer, allí tienen que estar anotados los chicos. No tenemos libreta dijo mi mamá. ¿No están casados? No, dijo ella. Bueno no tiene importancia, es cosa de ustedes pero documentos deben tener, ¿no? Y sí, dijo mi mamá y que los tenía mi papá. Pero ellos esperaron y para cuando vino mi papá ya habían llamado a un patrullero y empezaron a las preguntas y a decir cosas y que lo que decían mi mamá y mi papá no podía ser por ejemplo que yo no tenía cinco años que a lo sumo tendría tres si los tenía y que teníamos que irnos todos con ellos para el juzgado porque cómo podía ser que no tuviéramos documentos y mi mamá y mi papá tampoco. Mi papá dijo que no y que no y que no íbamos a ir a ningún juzgado porque no habíamos hecho nada malo pero uno de los canas se acercó y dijo acá se va a hacer lo que la señora disponga, ¿estamos? y tuvimos que ir todos con ellos y mi papá dejó a los perros y al Sansón con unos que

vivían un poco más allá y que dijeron no se preocupe se los vamos a cuidar. Y nos llevaron en los autos al juzgado que era como un palacio y a nosotros a mí y a los mellizos nos trataron bien y unas mujeres que nos preguntaron si queríamos comer algo o tomar coca-cola después nos llevaron a un baño que también era como de un palacio todo blanco y con canillas de las que salía agua caliente. Los mellizos estaban inquietos y ellas mandaron a buscar a mi mamá que les dio la teta y se quedaron tranquilos. Y después pasó de todo muchas cosas que a mí hasta ahora se me confunden y no sé qué viene primero y qué viene después. A mí una de esas mujeres que me dijo que se llamaba Elena, me llevó con ella y me hizo bañarme en una bañera llena de agua tibia y ella misma me lavó la cabeza y la espalda y yo quería quedarme un ratito más y ella se dio cuenta y me dejó pero no se fue. Después me sacó del agua y me secó toda y me puso una ropa nueva limpia que no sé quién se la dio o si la compró pero me quedaba bien. Y después me dio sueño y me dormí y cuando me desperté estaba en otro lugar y pregunté por mi mamá y me dijeron ya va a venir pero no venía y no venía. El que vino fue un médico y me pinchó un dedo y yo quería llorar pero no me salió porque mucho no me había dolido y me lo chupé, el dedo.

A mi mamá no la vi nunca más ni a mi papá ni a los mellizos ni al bebé que estaba en la panza de mi mamá. Me llevaron a una casa que también era como un palacio, en medio de un jardín que era como la pla-

za con árboles pero no tan grande. Pero para qué voy a andar describiendo pavadas. Vino una mujer, otra, muy linda, que se me acercó, me miró, me sonrió y me hizo una caricia acá en la mejilla. Tengo que contarte un cuento, me dijo.

Como yo mucho no sabía hablar solamente decía no no no cuando ella me contaba pero ella era muy buena y muy suave y sonreía y cambiaba el cuento y me contaba alguna otra cosa y después volvía y me decía cosas graciosas como por ejemplo vamos a hacer de cuenta que acabás de nacer, ¿qué te parece? A mí me hizo gracia y me reí e hice que sí con la cabeza y ella dijo ooooooh ha nacido una nenita preciosa vamos a tener que ponerle un lindo nombre a ver a ver ¿cómo se puede llamar esta nena? Y yo me acordé y dije Norma y me dicen Blanqui pero ella dijo no no es lo suficientemente lindo, eso no es como para vos digamos más bien Mariángeles que como es un poco largo vamos a acortar en Marian ¿te gusta? Y a mí sí que me gustó y dije Marian y ella se puso muy contenta.

Y basta no cuento más y estoy cansada y hablemos de otra cosa y si no me voy. El analista dice bueno. Si usted ya sabe, le digo, qué le voy a contar. Me llamo Mariángeles Díaz Arévalo, me dicen Marian, soy doctora en ciencias económicas, mi padre era abogado, murió hace tres años, mi madre es pintora y grabadora y en este momento está pasando unas vacaciones con su hermana, mi tía Serena Huergo en París. Yo fundé

y soy presidenta, una ONG que se llama Recuperar, *info.recuperar@neutel.ong.ar*, para ver de encontrar chicos digamos perdidos, y algo hemos hecho ya. A la niñera la detuvieron por cómplice pero después se probó que no, que no era cómplice, era solamente una idiota que se distrajo y se alejó a charlar y volvió y creyó que el bebé estaba todavía bajo las mantas en el cochecito. Sí, por supuesto: me acostumbré enseguida. Lo primero que hice fue aprender a hablar y usted ya sabe, cuando una se apoya en las palabras, el mundo le pertenece. A mí empezó a pertenecerme ese otro mundo. Pregunté por aquella a la que yo llamaba mi mamá y me dijeron que estaba bien. Hay días sobre todo a la nohcecita en los que la extraño a mi mamá, se me llenan los ojos de lágrimas cuando pienso que los atiende que los quiere más a los mellizos y a esa otra que tuvo, que a mí. También me dijeron que mi papá, el que yo llamaba mi papá, había estado unos meses preso pero que los Arévalo le habían puesto un buen abogado y que todo andaba bien y que ahora tenía un trabajo fijo y una casa de veras, modesta pero casa, no quise saber adónde. Y lo que sí quise saber fue si mi mamá había tenido otro varón o una nena. Una nena, me dijeron, y está bien. Yo también estoy bien, tengo mi estudio, tengo mi marido, dos hijas, mi casa, qué más se puede pedir. Puedo pedir, a veces pido saber quién soy, cuál soy, quién es esa mujer, mi mamá o mi madre. A veces me es indiferente, a veces me atormenta. Cuando eso sucede, me digo somos dos. Mis

hijas son una sola cada una de ellas, no tuve ni que ocuparme de eso, vino solo. Yo en cambio soy dos, somos dos sigo siendo dos. En general eso me consuela. Si no lo consigo, vengo acá y hablo con usted y usted me dice lo que no quiero oír pero me conviene oír y entre los dos, me ayudo, me ayuda y sigo viviendo las dos vidas. Eso es inevitable, en ocasiones angustioso y en otras ocasiones deseable. Somos dos.

◇◇◇◇◇◇◇◇◇◇

Aho
El qu
además
lament
ro, sin n
¡Feli

◇◇◇◇◇◇◇◇◇◇